

# *La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista (1936-1939) \**

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

*Resumen:* El nacionalismo de guerra del bando insurgente durante la Guerra Civil española (1936-1939) tuvo como uno de sus ejes fundamentales la defensa de la unidad de España frente al *separatismo*. Sin embargo, fue capaz también de utilizar como discurso movilizador todo un repertorio de imágenes y símbolos identitarios de índole local y regional, con el fin de promover adhesiones y contentar a los sectores del primer franquismo que se mostraban abiertos a una cierta descentralización, o al menos a la recreación de las identidades subnacionales como depósitos de la tradición. Ello entraba en conflicto con los postulados homogeneizadores de otros sectores de los sublevados y el temor al resurgimiento del nacionalismo subestatal. Esa tensión nunca llegó a resolverse del todo, y prefiguraba las ambigüedades de los discursos de identidad subnacional durante el primer franquismo.

*Palabras clave:* identidad regional, Guerra Civil, franquismo, siglo XX.

*Abstract:* The nationalist creed of the insurgents during the Spanish Civil War (1936-1939) had as a crucial tenet the defence of Spain's unity against *separatism*. However, it also proved to be able to use as a mobilising discourse a repertory of images and symbols of regional and local compass, whose aim was to recruit adherents and to satisfy those sectors of the rebel side which were not opposed to a moderate decentralisation, or at least to a recreation of subnational identity as a means to preserve tradition. This tendency clashed with the homogenising integral nationalism of some other political factions, as well as with the fear of

---

\* Este artículo se enmarca dentro del proyecto HUM2005-03741 del MEC.

the resurgence of substate nationalisms if concessions were made. This tension was never completely solved, and heralded the later ambiguity of subnational identity discourses during the first phase of the Franco regime.

*Key words:* regional identity, Spanish civil war, Francoism, 20th century.

Una motivación fundamental de los promotores y partidarios del golpe de Estado de julio de 1936 fue la defensa de la unidad territorial de España frente a los *separatismos*. De hecho, los primeros bandos y declaraciones hechas públicas por los generales insurrectos a lo largo de la segunda quincena de julio y los primeros días de agosto de 1936, así como por los propagandistas que iban tomando posiciones en las diversas provincias que cayeron en manos rebeldes en ese periodo, no siempre hacían mención destacada de la defensa de la religión entre los motivos del golpe de Estado. Además de la defensa de la integridad de la patria frente al invasor *ruso*, acostumbraban a insistir en el viejo argumento de su preservación frente al triple desafío del separatismo, el comunismo y el desorden social<sup>1</sup>.

Lo mismo se puede apreciar en los primeros artículos publicados en el verano de 1936 por los propagandistas afectos a la rebelión. Fue el caso del director de *El Norte de Castilla* Francisco de Cossío y Villegas, quien desde un principio proclamó que la *nueva Reconquista* debía tener como meta la sumisión de la periferia rebelde. Los musulmanes de otrora eran ahora... los catalanes:

«De aquí en adelante no puede haber en España sino españoles, y el que no quiera ser español se tendrá que marchar del territorio nacional. Ni sentimentalismos, ni nostalgias, ni cuentos de viejas, ni cantos de nana. [...] Nos hallamos en una nueva Reconquista, y nuestra Granada, hoy, debe ser Barcelona, en donde hemos de extirpar a todos los traidores y salvar a los buenos españoles que hay allí, prisioneros del separatismo. La Generalidad será nuestra Santafé»<sup>2</sup>.

El lenguaje denotaba claramente que se trataba de una guerra por la unidad territorial, y no sólo espiritual, de España. La toma de toda ciu-

<sup>1</sup> RAGUER, H.: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001, pp. 65-81.

<sup>2</sup> COSSÍO, F. de: *Hacia una nueva España. De la revolución de octubre a la revolución de julio 1934-1936*, Valladolid, Librería Santarén, 1937, pp. 120-121.

dad por las tropas sublevadas era considerada como una «reincorporación» a España<sup>3</sup>. Pues la patria era un concepto *espiritual* y no meramente geográfico. Pero sobre todo se trataba de doblegar a las *regiones rebeldes*, Cataluña y el País Vasco. Aquéllas que desafiaban la «Unidad de Destino, impuesta por Dios y expuesta en la Historia», que estaba por encima de «las diferencias de raza, [...] de las diferencias de lengua, [...] de todos los hechos diferenciales de todos los pueblos de España»<sup>4</sup>. Al glosar la toma de Bilbao en junio de 1937, Víctor Ruiz Albéniz (*El Tebib Arrumi*), cronista del Cuartel General del Generalísimo, expresaba ufano que se extirpaba un «cáncer de nuestro cuerpo nacional [...] y uno por lo que nos alzamos el 17 de julio en la Cruzada Redentora»<sup>5</sup>. Y la caída de Cataluña en enero de 1939 era saludada por la prensa falangista en términos que oscilaban entre la reivindicación del derecho de conquista y el amor a la hermana descarriada<sup>6</sup>.

Para muchos voluntarios de base enrolados en las fuerzas rebeldes, que procedían de medios sociales de clase media rural y católica, la defensa de la unidad de España frente a los *separatismos* constituía, asimismo, un fuerte ingrediente de su motivación política para ir al frente. Desde su perspectiva, anarquía, desorden, falta de religión y república estaban íntimamente unidos a otro mal equiparable, cuando no peor: la desmembración territorial de la *única* nación, la española<sup>7</sup>. Incluso para los voluntarios carlistas vascos y navarros, celosos en preservar un cierto credo regionalista basado ante todo en un concepto tradicionalista y austracista de España como una

<sup>3</sup> Por ejemplo, cf. la descripción de la toma de Málaga en *Unidad* (San Sebastián), 8 de febrero de 1937, p. 1.

<sup>4</sup> VALDÉS LARRAÑAGA, M.: «Alocución el Día de la Fiesta del Trabajo ante cien mil camisas azules» (Madrid, 18 de julio de 1939), en *id.*: *Discursos*, Madrid, Editora Nacional, 1949, pp. 19-33.

<sup>5</sup> EL TEBIB ARRUMI: *La conquista de Vizcaya (Las Crónicas de El Tebib Arrumi III)*, Valladolid, Librería Santarén, 1938, pp. 16-17, 62-64, 232-235 y 238-241.

<sup>6</sup> Véanse, por ejemplo, el poema del falangista vasco [Esteban] CALLE ITURRINO: «Romance de Cataluña», en *id.*: *Roancero de la guerra*, Bilbao, Escuelas Gráficas Santa Casa de la Misericordia, s. f. (1939), pp. 169-172, o el discurso radiofónico de Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO a fines de enero de 1939, reproducido en *id.*: *Amor a Cataluña*, Madrid, Ediciones Ruta, 1942, pp. 17-23.

<sup>7</sup> Véanse, por ejemplo, el discurso del dirigente falangista coruñés PÉREZ HERVADAS, E.: *Sinfonía en azul*, A Coruña, Imp. El Ideal Gallego, 1937, pp. 8-9, o el testimonio del estudiante monárquico salmantino Juan Crespo, en FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, vol. I, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1997, pp. 235-236.

monarquía foral, unida en la diversidad, si había un enemigo odiado por antonomasia eran los nacionalistas vascos. No sólo eran adversarios, sino que sobre todo eran dos veces traidores: como católicos que escogían el bando de los impíos y como separatistas que renegaban de la patria común —y *deshonraban* el prestigio de los vascos en el conjunto de España—. Los testimonios de requetés navarros eran elocuentes al respecto. José Cemboráin escribía en enero de 1937 desde Ondárroa que esperaba vengar los «crímenes que están cometiendo en Bilbao al amparo de ese “simpático” [...] y “gran” católico Aguirre tar Josepa o así que le disen» y expresaba su odio al «repugnante comunismo-separatismo». Y su hermano Luis escribía cuatro meses después que: «Poco cariño les he tenido siempre a los separatistas vascos, [...] pero desde que este Movimiento Glorioso estalló, no los paso ni con almíbar»<sup>8</sup>.

Sin embargo, durante los meses iniciales del conflicto los carlistas propugnaron la pervivencia del régimen foral, y hasta su mejora, dentro de la *nueva España*, de acuerdo con los postulados defendidos durante la República<sup>9</sup>. El lema *Dios, Patria, Fueros y Rey* todavía era invocado el 18 de julio por algunos líderes tradicionalistas vasconavarros; y una alusión a la «preparación del régimen foral» figuraba en el programa que la dirección de la Comunión Tradicionalista elevó al general Mola en junio de 1936 como condición para secundar la rebelión<sup>10</sup>. Los requetés navarros, de hecho, hicieron ondear con frecuencia la bandera regional junto a la rojigualda<sup>11</sup>. En los intercambios nocturnos de insultos entre requetés y *gudaris* en las trincheras era usual escuchar a los primeros gritar «¡Vivan los Fueros!»<sup>12</sup>. Y entre los romances recuperados o escritos para la ocasión y recopilados en 1937 para vindicar el papel puntero de Navarra en la *reconquista* de

<sup>8</sup> Cartas de José Cemboráin Mainz, Ondárroa, 30 de enero de 1937, y de Luis Cemboráin Mainz, Sepúlveda, 15 de mayo de 1937, en «Cartas de dos hermanos navarros requetés en 1937», *Príncipe de Viana*, 235 (2005), pp. 477-509.

<sup>9</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente: Orígenes sociales de la sublevación de 1936 en Álava y Navarra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 287-288.

<sup>10</sup> Véase el programa mínimo entregado por la dirección carlista a Mola, 11 de junio de 1936, y la orden de movilización del Requeté alavés, 18 de julio de 1936, reproducidos en UGARTE, J.: *La nueva Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 464-465.

<sup>11</sup> GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., et al.: *Historia del navarrismo (1841-1936). Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002, p. 213.

<sup>12</sup> ELOSEGI, J.: *Quiero morir por algo*, s. l. (Burdeos), s. e. (Imprimeries Delmas), s. f. (1971), p. 117.

España, no faltaba la invocación al orgullo regional y los Fueros como auténtico baluarte de la tradición española<sup>13</sup>.

Pero navarro, concepto regional positivo, no era exactamente lo mismo que *vasco*, identificado con separatismo. Entre ambos extremos oscilaba el péndulo del discurso regional(ista) del nacionalismo de guerra del bando insurgente durante la guerra civil.

### Fallidas esperanzas

Al principio, hubo tímidos intentos para que la *nueva España* premiase a unos territorios por su lealtad con concesiones político-administrativas. Algunas instituciones municipales aragonesas y navarras jugaron en el otoño de 1936 con la idea de ganar territorio para sus provincias a costa de los territorios *rebeldes*, como Guipúzcoa o Cataluña. Algo abonado incluso por unas declaraciones del general Mola a *Le Temps* en octubre, en las que se mostraba partidario de la restauración foral y del regionalismo sólo para Navarra y hasta de proporcionarle una salida al mar<sup>14</sup>. Algunos publicistas llegaron a proponer que, además de castigar a las provincias *traidoras*, en la *nueva España* debían reservarse privilegios y concesiones a las regiones más leales: «Navarra, Galicia y Aragón, que con su bravura y su nobleza evitaron la desmembración de la patria»<sup>15</sup>.

No era tan extraño. Durante los primeros meses de guerra persistía en la zona rebelde una cierta indefinición acerca de la estructura territorial que adoptaría el nuevo Estado. A comienzos de 1937, tres juristas que acometieron la tarea de condensar los modelos de organización corporativa de otros Estados europeos todavía pronosticaban que dentro del futuro Estado *totalitario* español habría un cierto espacio para la vida institucional y el cultivo de la peculiaridad cultural e histórica de las regiones:

«[Franco] promete la organización de España como un *Estado totalitario*, dentro del cual las regiones obtendrán el reconocimiento de sus caracte-

<sup>13</sup> Véase BARÓN RADA, B.: *Romancero popular navarro: Recopilación de romances escritos con motivo de la gloriosa gesta de Navarra*, 3 vols., Pamplona, Imp. y Libr. Jesús García, 1937.

<sup>14</sup> Véanse las declaraciones de Mola en *La Humanitat*, 18 de noviembre de 1936, p. 5.

<sup>15</sup> NOVO CAMPELO, A.: «España nueva», *Faro de Vigo*, 10 de octubre de 1936, p. 1.

rísticas propias, e incluso podrán pretender ciertas concesiones de tipo descentralizador con el fin de impulsar su desenvolvimiento, pero siempre dejando a salvo la *unidad nacional*»<sup>16</sup>.

Otros iban más allá. En un folleto donde recogía para uso de los requetés el ideario de la Comunión Tradicionalista, obra del navarro Jaime del Burgo y fechado el 10 de marzo de 1937, se seguían recogiendo los postulados clásicos del tradicionalismo en lo referente a la estructura del Estado, y que bebían del legado doctrinal tanto de Menéndez Pelayo como de Vázquez de Mella. Las regiones «históricas» habían sido otrora «reinos, principados y señoríos independientes», es decir, «principios de nacionalidad, cuyo desarrollo culminó en la unidad española conseguida por los Reyes Católicos». Pero esa unidad no significaba uniformidad, pues las regiones seguían teniendo «derechos por ley natural». Razón por la que los requetés debían seguir siendo «regionalistas. Y pretendemos restaurar los principios forales, con las modificaciones que sean de actualidad». Las regiones, además de sus «leyes sabias», también tendrían derecho a «usar su lenguaje», a administrarse «con arreglo a sus buenos usos y costumbres» y a «mantener su legislación civil». Cada región debería tener unas Cortes regionales de representación corporativa, con funciones legislativas y ejecutivas, un Consejo y un presidente que «representa al Rey ante la Región. Y la Región ante el Rey»<sup>17</sup>. Por las mismas fechas, Manuel Fal Conde afirmaba que la España que saldría «redimida de este baño de sangre» habría de ser «católica, regionalista, corporativista, antidemocrática, antiliberal y, naturalmente, monárquica»<sup>18</sup>. El 3 de junio, el delegado provincial de FET-JONS en Guipúzcoa todavía hacía un guiño a las «diferenciaciones marcadas por la geografía, proclamadas por la historia y recogidas por sabias legislaciones forales que desembocan en fecundas autarquías»<sup>19</sup>. Y el *ABC* sevillano ensalzaba el «profundo y recio

<sup>16</sup> SANCHO IZQUIERDO, M.; PRIETO CASTRO, L., y MUÑOZ CASAYÚS, A.: *Corporativismo. Los movimientos nacionales contemporáneos. Causas y realizaciones*, Zaragoza-Granada, Editorial Imperio, 1937, p. 189.

<sup>17</sup> BURGO, J. DEL: *Comunión Tradicionalista. Ideario*, Pamplona, s. e., 1937, pp. 6-7 y 13-14.

<sup>18</sup> Véanse las declaraciones reproducidas en LUR-GORRI: «Todo un programa», *Euzkadi*, 28 de enero de 1937, p. 1.

<sup>19</sup> Véase *Unidad*, 4 de mayo de 1937, p. 3.

patriotismo español» de las Juntas de Vizcaya, cuyos fueros habían sido garantía de fecunda tradición, hasta que «el Estado liberal, torpe, incomprensivo, quiso romper los cauces tradicionales de la costumbre y el rito»<sup>20</sup>.

Estas y otras propuestas cayeron en saco roto. El nuevo Estado franquista no sólo no permitió descentralización administrativa alguna, amén de derogar los Estatutos de autonomía de la República, sino que eliminó los Concierdos Económicos de Guipúzcoa y Vizcaya, por Decreto-ley promulgado el 23 de junio de 1937, como medida de castigo al nacionalismo vasco y para disgusto de los tradicionalistas de aquellos territorios. Sin embargo, se mantuvieron las atribuciones de las Diputaciones de Álava y Navarra, e incluso la identidad *provincial* de ambos territorios se vio reforzada merced a una política simbólica de carácter específico. En el caso alavés la Diputación recuperó durante el conflicto la denominación *Diputación Foral*, pese a no gestionar más competencias o presupuesto. Y en Navarra, la Diputación había ampliado algunos de sus poderes durante la guerra, al crear una Junta Superior de Educación, otra de Beneficencia y otra de Reformas Sociales. De paso, la Junta Central Carlista de Guerra desempolvó tímidamente algunos de los postulados fueristas del carlismo, escogiendo precisamente el reeditar los textos de quienes habían polemizado sobre el significado de los fueros con el nacionalismo vasco<sup>21</sup>. Los argumentos en pro de la intrínseca españolidad de los Fueros navarros que habían sido avanzados durante la República por autores tradicionalistas como Víctor Pradera o Eladio Esparza Aguinaga sirvieron, en este respecto, de andamiaje teórico<sup>22</sup>. Tras 1940, la Diputación —que, como en el caso alavés, a menudo utilizó el adjetivo *Foral* y asumía conscientemente el imaginario fuerista anterior— conservó sus competencias en educación y creó un Consejo de Cultura, la Institución Príncipe de Viana<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> «Ante el árbol de Guernica», *ABC* (Sevilla), 2 de mayo de 1937, pp. 10-11.

<sup>21</sup> Por ejemplo, reeditando algunos textos del antiguo periodista carlista Eustaquio de Echave-Sustaeta, quien mantuvo una polémica pública con Sabino Arana en 1897 acerca del significado de los Fueros vascos. Véanse *Textos de la obra «El Partido Carlista y los Fueros» (1915) de D. Eustaquio de Echave-Sustaeta. Seleccionados por la Delegación Navarra de Propaganda y Prensa, adscrita a la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra*, Pamplona, s. e. (Gráficas Vasconia), 1937.

<sup>22</sup> LEONÉ PUNCEL, S.: *Los Fueros de Navarra como lugar de la memoria*, San Sebastián, FEDHAV, 2005, pp. 252-263.

<sup>23</sup> PABLO, S. DE: «La Dictadura franquista y el exilio», en GRANJA, J. L. DE LA, y

No hubo más excepciones. Con todo, las instituciones zaragozanas se vanagloriaban en pleno conflicto, según recogía el antiguo aragonésista reconvertido en propagandista de los sublevados José García Mercadal en 1938, de «haber robustecido los vínculos interprovinciales» para lograr una mejor resistencia de Aragón, como protagonista colectivo, a las embestidas *rojo-separatistas* que venían del Este<sup>24</sup>.

## Castilla reconquista España

El tímido *regionalismo* político-administrativo tenía un fuerte contrapeso a nivel discursivo en el nacionalismo franquista. Pues el papel unificador y cohesionador de la España castellana fue un motivo recurrente y creciente del discurso de guerra del bando insurgente. Ello se veía reforzado por el hecho de que Castilla, particularmente Castilla *la Vieja*, había sido una de las regiones donde el alzamiento tuvo éxito desde el primer momento. «Madre de España entera», en la más típica tradición *noventayochista*, Castilla fue presentada como un epítome de los valores eternos englobados en el concepto tradicionalista de la patria<sup>25</sup>. Tales contenidos se expresaban a menudo en imágenes místicas: amplias llanuras bajo un cielo azul, torres de iglesias y espadañas que emergían en el horizonte como monjes solitarios que reflexionaban sobre el valor de la vida eterna, y un largo etcétera<sup>26</sup>. Una identidad de monjes y soldados, forjada «a la sombra del castillo y del monasterio», y prefiguradora de la posterior expansión imperial<sup>27</sup>. Sus campos duros y clima inclemente, sobriedad y ascetismo, escribía Francisco de Cossío en su novela *Manolo*, muy difundida entre los combatientes franquistas como lectura de bolsillo, descubrían la clave por sinécdoque del carácter español:

---

PABLO, S. DE (eds.), *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 89-115, así como AZCONA PASTOR, J. M.<sup>3</sup>, y GORTARI UNANUE, J.: *Navarra y el nacionalismo vasco. Ensayo histórico-político sobre las señas de identidad originaria del Viejo Reino*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 199-211.

<sup>24</sup> GARCÍA MERCADAL, J.: *Tres reductos*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1938, p. 12.

<sup>25</sup> VALDÉS LARRAÑAGA, M.: «Alocución...», *op. cit.*, p. 26.

<sup>26</sup> MARTÍN ABRIL, F. J.: *Castilla y la guerra*, s. l. (Valladolid), Cuesta, 1937; e, igualmente, SANZ RUIZ DE LA PEÑA, N.: *Romancero de la Reconquista (1937)*, Valladolid, Santarén, 1937.

<sup>27</sup> ORTIZ MUÑOZ, L.: *Glorias imperiales. Libro escolar de lecturas históricas*, Madrid, El Magisterio Español, 1940, pp. 130-131.



«Este es un paisaje para hacer hombres de hierro. Y así se fragua en Castilla la historia de España, como en hierro. [...] Castilla hace un imperio y le gasta. Padece de letargos, sueños, y no es la bella durmiente del bosque, sino el fuerte guerrero durmiente del páramo, que, en las horas solemnes y decisivas, despierta, se echa de nuevo a andar y recupera el timón que siempre llevó en la mano».

En un paisaje austero como el castellano, además, tampoco habría hueco para el particularismo. Así se había manifestado en el *alzamiento*, cuando Castilla, inmune a los errores particularistas en lo político y cultural de otras regiones, había tomado las armas y lanzado a su juventud para reconquistar España. Otras la habían acompañado, y ahí estaba siempre la retahíla para ser citada: Navarra, Aragón, Galicia... Pero Castilla seguía siendo la auténtica alma de España y resurgía de sus «gloriosos escombros»<sup>28</sup>. Y, precisamente por su sufrida tradición de amamantadora del sentimiento patrio y del imperio, le correspondía imponer su ley a los «malos españoles». Los combatientes castellanos habían de proclamar bien alto a las periferias rebeldes la ley del vencedor:

«Rescatamos España; unificamos para siempre nuestra nacionalidad; dimos la sangre de nuestros hijos por la Patria indivisible; afirmamos de un modo rotundo nuestro sentido histórico... Tenemos derecho a imponer nuestra ley, porque a España la hicimos nosotros y vosotros seréis españoles, de grado o por fuerza»<sup>29</sup>.

## Y las provincias reespañolizan Madrid

Pero no todo era, ni podía ser, Castilla. Ni siquiera durante el periodo bélico, en el que la España *nacional* no ocupaba sino una parte de su territorio. La preponderancia del imaginario castellano se vio matizada y acompañada, al menos durante los dos primeros años del conflicto, por el uso frecuente de otros motivos regionales y locales en diversos escalones territoriales de la propaganda franquista de guerra.

---

<sup>28</sup> COSSÍO, F. DE: *Guerra de salvación: Del frente de Madrid al de Vizcaya*, Valladolid, Librería Santarén, 1937, pp. 209-232; *id.*: *Manolo*, Valladolid, Librería Santarén, 1937, p. 86.

<sup>29</sup> COSSÍO, F. DE: *Hacia una nueva España...*, *op. cit.*, pp. 113-115.

Una razón esencial para no resaltar en exceso el castellanocentrismo del nacionalismo español de los sublevados era la necesidad de movilizar a la población con llamamientos, lemas e imágenes concretas y cercanas. En ese nivel, los discursos movilizadores del bando insurgente podían presentar un grado limitado pero cierto de respeto y hasta énfasis en la diversidad geográfica y cultural de España, si bien se evitaba cuidadosamente que esos elementos de vindicación de lo local y lo regional entrasen en contradicción con el del discurso nacionalista español.

El caso navarro fue de nuevo un paradigma. La apelación a la solidaridad local, *de pueblo*, y la identidad navarra fueron elementos convenientemente instrumentalizados por los insurgentes para movilizar a los pueblos de la región y sumar adeptos a la causa de una *nueva Cruzada* vista tanto en términos religiosos como nacionalistas<sup>30</sup>. Argumentos semejantes fueron destacados en algunas películas de propaganda rodadas durante los años de guerra. Los milicianos navarros de la Tradición y la Patria se convertían en los liberadores de toda España, de acuerdo con su *gloriosa* tradición regional de insurgencia en nombre de la España eterna<sup>31</sup>. Así lo escribía El Tebib Arrumi en su crónica de la ceremonia de concesión de la Laureada al escudo de la región por Franco el 8 de noviembre de 1937, ceremonia a la que asistieron miles de requetés en Pamplona y en la que representantes de los ayuntamientos navarros desfilaron ataviados con trajes típicos y banderas. Navarra venía a ser la síntesis de las virtudes de la España recuperada, y por ello debía convertirse en una suerte de «Tierra Santa» a la que de toda España «redimida» se organizase una peregrinación patriótica<sup>32</sup>. De paso, los navarros, imbuidos de las *mejores* y *auténticas* tradiciones vascas, desde la «nobleza de sentimientos» hasta el «fervor religioso», redimían a la *raza* vasca del oprobio al que la habrían sometido sus «malos hermanos»<sup>33</sup>. Esos combatientes navarros, además, podían

<sup>30</sup> PÉREZ DE OLAGUER, A.: *Los de siempre. Hechos y anécdotas del requeté*, s. 1. (Burgos), Editorial Requeté, 1937, pp. 81-86.

<sup>31</sup> PABLO, S. DE: *Tierra sin paz. Guerra civil, cine y propaganda en el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 58-69.

<sup>32</sup> EL TEBIB ARRUMI: *Pérdida y reconquista de Teruel*, pp. 14-19 y 25-27.

<sup>33</sup> Véase el curioso opúsculo del representante de la España de Franco en Grecia ROMERO RADIGALES, S. DE: *El separatismo vasco. España, una grande libre*, Sofía, Imprenta Ideal, s. f. (1939), pp. 30-31.

ser saludados con bailes de *espatadantzaris* vestidos a la usanza tradicional, cuando fueron homenajeados en San Sebastián en octubre de 1937: las *ancestrales* tradiciones vascas, cuya antigüedad y autenticidad no se ponían en duda, eran entonces «incorporadas al auténtico sentir nacional»<sup>34</sup>.

Asimismo, era una vindicación local, *de pueblo*. Se trataba de la redención de la España *degenerada*, representada por la modernidad urbana de Madrid, por parte de la porción más sana de la nación, la que todavía estaba incontaminada por el virus del impío progreso, mantenía el vínculo con las sanas tradiciones rurales y las envolvía en un halo de religiosidad y respeto por la familia y la sociedad orgánica. Es decir, la parte más auténticamente española y castiza del país: la *provincia* en sentido figurado<sup>35</sup>. Eran el «espejo de la raza [...] rústicos profesores, aldeanos recién llegados a la ciudad, hombres toscos y huraños» que supieron morir por la regeneración de España<sup>36</sup>. Una provincia y unos pueblos que habrían sufrido más que nadie los efectos antipatrióticos de las camarillas instaladas en la gran ciudad y su «legión de burócratas enchufistas». Pero que, a pesar de ello, habían reaccionado y ahora se dirigían a conquistar Madrid y redimirla de su ceguera y frivolidad, para así reintegrar la capital «a la corriente nacional que corre ya por los campos castellanos, navarros y andaluces». Pues la Historia de España siempre había sido centrípeta, y la nueva guerra *de reconquista* no sería una excepción:

«Y este es el claro signo del movimiento nacional. Es España, la auténtica España, la única España posible, la que produce, la que trabaja, la que crea, salvándose a sí misma, y en un círculo unánime de generosidad, salvando, al fin, a Madrid para purificarle. [...] Sonará al fin la hora de entrar en Madrid, y ese día tendremos que decir las provincias españolas: —Aprovecha la lección. Tu frivolidad te puso en trance de muerte. España te ha salvado»<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> «Homenaje a las Brigadas Navarras», *Vértice. Revista Nacional de la Falange*, 6 (noviembre de 1937), s. p., y PABLO, S. DE: *Tierra...*, *op. cit.*, pp. 42-44 y 63-64.

<sup>35</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Triunfo del 2 de Mayo*, s. l. (Madrid), Ediciones «Los Combatientes», 1939, pp. 28-29; SANZ Y DÍAZ, J.: *Por las Rochas del Tajo. Visión y andanzas de guerra*, Valladolid, Santarén, 1938, pp. 20-21.

<sup>36</sup> «Navarra», en *Laureados. II. 18 de julio de 1936*, San Sebastián, Ediciones Cigüeña, 1940, pp. 71-74.

<sup>37</sup> COSSÍO, F. DE: *Hacia una nueva...*, *op. cit.*, pp. 103-104.

Es más: si la gran fuerza de España era centrípeta, el nuevo Estado que iba naciendo en la zona rebelde demostraría, según Cossío, que se podía organizar «un Estado prescindiendo de Madrid, centro disociador de todas las energías nacionales». Ya que si la revolución «la habían planteado los marxistas», la guerra era sostenida «por los separatistas, y entre los separatismos españoles que pugnaban por desgarrar la unidad de España, el separatismo de Madrid no era el menos funesto». En el ambiente de diversión y perversión se perdía la clase media madrileña, y se había creado una «ciudad artificiosa, con los ojos vueltos por no ver los dolores de España». El martirio que estaban sufriendo sus habitantes a manos de los *rojos* contribuiría a purificar la ciudad, y a que los madrileños se acordasen de que «proceden de los pueblos, y vuelven la vista hacia los pueblos», donde sobrevivía la auténtica España que no se había rendido a Rusia<sup>38</sup>. El «cenagoso Madrid, alegre y confiado», afirmaba igualmente el valenciano Vicente Gay, había sido tan ciego en su fatuidad que había apoyado a los *separatistas* catalanes con favores y prebendas<sup>39</sup>. Las tropas de Franco devolverían la capital a España, y harían resurgir de nuevo el Madrid «de las fiestas de barrio» que «tiene, porque es bueno, / cierto fondo pueblerino», escribía el zaragozano Ángel Abad<sup>40</sup>.

Es por ello que tanto Vicente Gay como Cossío alababan en la capital de la España *nacional*, Burgos, el espíritu de laboriosidad provinciana puesto al servicio de la causa que creían apreciar en una «capital de España, sin burócratas y sin enchufistas», donde no se encontraban «extranjerismos que descastan»<sup>41</sup>. Pero la marcha de todas las provincias auténticas sobre Madrid jugaría un papel reunificador. Además de purificar la capital, también aunaría de nuevo y para siempre a España. Sería un antídoto sano, en definitiva, frente a un excesivo localismo que degeneraba en separatismo a poco que se le azuzase.<sup>42</sup> Y que desaparecería al liberar la capital de un poder

<sup>38</sup> COSSÍO, F. DE: *Manolo...*, op. cit., pp. 82-85.

<sup>39</sup> GAY, V.: *Estampas rojas y caballeros blancos*, 2.ª ed., Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1937, pp. 127-128.

<sup>40</sup> ABAD TARDEZ, Á.: «¡Viva Madrid!», en *id.*: *¡Todo por la patria! Romances de la Cruzada*, Zaragoza, Artes Gráficas E. Berdejo Casañal, 1937, pp. 27-30.

<sup>41</sup> COSSÍO, F. DE: *Hacia una nueva...*, op. cit., pp. 125-127, y GAY, V.: *Estampas rojas...*, op. cit., pp. 140-141.

<sup>42</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Exaltaciones sobre Madrid*, s. l., Jerarquía, 1937.

*extranjero*: «hoy no hay más que un núcleo español: el que va a la conquista de Madrid»<sup>43</sup>.

Un sentido semejante tenía la proclama dirigida a los campesinos castellanos y redactada por el líder falangista vallisoletano Onésimo Redondo el 24 de julio de 1936, el mismo día de su muerte. Las milicias falangistas castellanas se dirigían a la *reconquista* de Madrid, redimiéndole de su degeneración y su alejamiento de su región natural:

«Esos puertos del Guadarrama que se estremecen con el avance duro de los infantes y artilleros castellanos, lanzan sobre Madrid el aviso histórico de que su perversión y sus errores van a terminar. Redimiremos a Madrid de sus enemigos de dentro y a nuestra tierra de una pesadilla antigua. Ya no será Madrid la ciudad incomprensiva y alejada de los intereses de Castilla»<sup>44</sup>.

Póstumamente Onésimo Redondo pasó a ser considerado por la Falange vallisoletana como el *caudillo de Castilla*. Pues «levantó las tierras de Castilla —en fe de juventud— para dotarlas de potencia heroica» y puso a las mejores minorías de la región, «jugosas de savia aldeana», al servicio de la reconquista de la patria<sup>45</sup>.

### Lo regional: arma de guerra y depósito de la tradición

La personalidad regional —que no la reivindicación *regionalista* en términos políticos— podía ser invocada igualmente como lema movilizador frente a los intentos de *invasión* de las regiones rebeldes, ansiosas de expansionismo manipulado por el marxismo judeo-masónico. Era el caso, por ejemplo, de la apelación por parte de los publicistas sublevados al orgullo local aragonés en 1936 y 1937, con jotas patrióticas y profusión de adjetivos en *-ico*<sup>46</sup>. Esa identidad era enarbolada especialmente a la hora de contrarrestar la avalancha de «hordas marxistas y separatistas» llegadas de la rebelde Cataluña para destruir el santuario de la Virgen del Pilar, símbolo religioso, pero

<sup>43</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M.: *Horas y figuras de la guerra en España*, Madrid, Eds. Españolas, 1939, pp. 80-87.

<sup>44</sup> «A toda la tierra de Castilla y León» (24 de julio de 1936), reproducido en *Onésimo Redondo. Caudillo de Castilla*, Valladolid, Eds. Libertad, 1937, pp. 214-215.

<sup>45</sup> *Onésimo Redondo...*, *op. cit.*, p. 221.

<sup>46</sup> ABAD TARDEZ, Á.: *¡Todo por la patria!...*, *op. cit.*, pp. 21-26.

también de la identidad regional<sup>47</sup>. Tanto era así, que José García Mercadal propugnaba en 1937 que, cuando Cataluña fuese *reconquistada*, se hiciese pagar al pueblo catalán un impuesto especial para resarcir a Aragón de los daños causados por tropas *separatistas* en el frente aragonés<sup>48</sup>. Igualmente, la defensa de la especificidad y de la identidad mallorquina fue enarbolada en agosto y septiembre de 1936 frente al intento «anexionista» de la expedición de Alberto Bayo, descrita como una banda de nuevos berberiscos separatistas<sup>49</sup>. Cuando el 30 de agosto de 1936 se celebró en Palma de Mallorca la fiesta de la bandera, la misa de campaña en la Rambla de la ciudad fue oficiada desde un altar situado al lado de la estatua de *Raimundo Lulio*, como «primer mallorquín» consciente que había sido en el pasado. El mismo emplazamiento se escogió para la misa del 6 de septiembre, en conmemoración de la victoria sobre el intento de invasión lanzado desde Barcelona el mes anterior<sup>50</sup>. No faltó tampoco propaganda patriótica en mallorquín<sup>51</sup>.

Los estereotipos regionales podían ser transformados en un arma movilizadora de cierta eficiencia, particularmente cuando un territorio en su conjunto era presentado como una avanzada de la *nueva* España dispuesta a ganar para la causa a otras regiones descarriadas. Para ello, se apelaba al *ancestral* papel de esas regiones en la preservación del *auténtico* carácter de España, y a veces se utilizaban idiomas diferentes del castellano. El gallego, por ejemplo, fue utilizado en algunas publi-

<sup>47</sup> *Por la Fe y por la Patria. Jornadas del movimiento nacional en España. Julio-Agosto de 1936*, s. l. (Zaragoza), s. e., s. f. (1936), pp. 56-57; GRACIA, V.: *Aragón, baluarte de España. Su concurso a la causa nacionalista. Gesta heroica de su guerra*, Zaragoza, Talleres El Noticiero, 1938, y ARAGONÉS, P.: «Primavera de heroísmos», *ABC* (Sevilla), 30 de abril de 1937, p. 4. Para las canciones y jotas patrióticas, véase la recopilación de ABAD TARDEZ, Á.: *Coplas patrióticas de jota aragonesa*, s. l. (Zaragoza), s. e. (Gráficas Uriarte), 1936.

<sup>48</sup> GARCÍA MERCADAL, J.: *Frente y retaguardia (impresiones de guerra)*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1937, pp. 201-205.

<sup>49</sup> PALMA, A. de: *Mallorca en guerra contra el marxismo (julio-septiembre 1936)*, 2.ª ed., Palma de Mallorca, Antonio Sabater Mut, 1936, pp. 63-64 y 85.

<sup>50</sup> QUINTANA, L.: *Dos páginas de la historia de una revolución. Mallorca siempre española. Días rojos en una ciudad bética (Impresiones, enseñanzas y contrastes)*, Cádiz, Cerón, 1937, pp. 43 y 57.

<sup>51</sup> Por ejemplo JUAN SOLÉ, O.: *18 de juliol: décimes amb mallorqui d'es moviment gloriós*, Palma de Mallorca, s. e. (Imp. Independencia), 1938. Ejemplos en MASSOT I MUNTANER, J.: *El primer franquisme a Mallorca. Guerra civil, repressió, exili i represa cultural*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1996, pp. 429-433.

caciones periódicas, casi siempre por autores religiosos que previamente habían cultivado la poesía costumbrista y en clave disglósica, con el fin de popularizar los diversos tópicos del discurso de guerra insurgente: desde la denigración del adversario como sicario de Moscú hasta la exaltación de los motivos religiosos, en especial de romerías y festividades locales<sup>52</sup>. Y los sentimientos de agravio o rivalidad territorial también podían explotarse. En este sentido es significativo cómo el apelativo despectivo de *mariscos*, que una radio republicana de Bilbao había dirigido a los combatientes gallegos del ejército franquista el 11 de agosto de 1936, fue convertido por la propaganda de guerra insurgente en una suerte de ultraje colectivo inferido por la *antipatria* a una región entera, que debía ahora demostrar con su valor y abnegación su disposición a vengar tal injuria. Como escribió el periodista falangista lucense Luis Moure-Mariño, los voluntarios de la *Bandera Legionaria Gallega* reaccionaron adoptando como propio tal calificativo, bordando tal distintivo en sus uniformes y enarbolándolo con cierto orgullo *étnico* como bandera de combate<sup>53</sup>. Así rezaba una composición musical, en forma de típico *alalá*, de los soldados galaicos en el frente de Asturias: «*Os mariscos de Galicia / van a Asturias a loitar / arrincare a mala herba / que crece no patrio lar*»<sup>54</sup>. Los *mariscos* reverdecían con nuevos laureles las pasadas contribuciones de los gallegos a las glorias hispánicas, algunas de las cuales también habían sido reivindicadas por el galleguismo político: desde el arzobispo compostelano Xelmírez hasta el almirante medieval Paio Gómez Charriño<sup>55</sup>. Y el celtismo brillaba en lugar destacado: Lisardo Rodríguez Barreiro cantaba a las «*xuventudes valentes, / Netos direutos dos Celtas, / Que desafiando a morte, / Van n'esas Lexions gallegas*»<sup>56</sup>.

Ese heroísmo proclamado también habría de servir para algo más que la honrilla. En primer lugar, para vindicar colectivamente el

<sup>52</sup> Véanse las recopilaciones de RODRÍGUEZ FER, C.: *A literatura galega durante a guerra civil (1936-1939)*, Vigo, Eds. Xerais, 1994, pp. 19-38, y ALONSO MONTERO, X.: *Os poetas galegos e Franco (Estudio e antoloxía)*, Madrid, Akal, 1997, pp. 15-51.

<sup>53</sup> «Una soez injuria a los gallegos», *El Pueblo Gallego* (Vigo), 13 de agosto de 1936, p. 1., y MOURE-MARIÑO, L.: *Galicia en la guerra*, Madrid, Eds. Españolas, 1939, pp. 162-164.

<sup>54</sup> Reproducido en *Galicia*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1936, p. 5.

<sup>55</sup> LÓPEZ, L.: *Mis amores: Dios, patria, Franco. Poesías*, s. l. (Pontevedra), s. e. (Tip. Artes Gráficas), s. f. (1938), pp. 62-63 y 150.

<sup>56</sup> S. a. (Lisardo RODRÍGUEZ BARREIRO), *Resposta escontra unha inxuria. Romance de cego, por un percebe copeiro de Cortegada*, Vigo, Imprenta Gutenberg, 1936, pp. 4-8.

honor y la posición de Galicia en la *nueva España*. Moure-Mariño afirmaba así en 1939 que esa «Galicia de los héroes» había desmentido precisamente con su «sublime triunfo de dolor y de gloria» toda la losa de prejuicios con que el resto de los españoles había juzgado a los gallegos como colectivo, la «leyenda falsa —negra también— de injurias y de calumnias». El estereotipo del gallego humilde y quejumbroso habría demostrado su falsedad gracias a las gestas de los *mariscos* galaicos, que habían contribuido a superar «la separación espiritual y geográfica de Galicia del resto de España». La guerra, por lo tanto, *también* le servía a Galicia como sujeto colectivo para «mostrarse sin jactancias». Razón por la que era de esperar que los méritos de guerra gallegos tuviesen como efecto que «el Estado español [...] se ocupe de nuestros problemas específicos»: el atraso económico, la emigración, la falta de comunicaciones adecuadas, y un largo etcétera<sup>57</sup>. Algo no muy diferente de lo que reivindicaba García Mercadal para Aragón ya en 1937<sup>58</sup>.

La cultura regional y local, la *patria chica*, por tanto, también era considerada una metáfora de la tradición y de la perennidad de la nación española. Y de su profunda raigambre religiosa. Ese alma viva sólo podía hallarse impoluta en el campo y en los pueblos, forjando un tesoro de costumbres, ritos y creencias que había que inventariar adecuadamente. El periodista y polígrafo alcarreño José Sanz y Díaz, requeté en 1936, lo expresaba de modo paradigmático dos años después:

«Hoy que, afortunadamente, podemos amar ya todo lo nuestro, cantar a España y pregonar su idiosincrasia a los cuatro vientos; en estas horas en que edificamos el Estado del porvenir sobre los sólidos cimientos de la Tradición, bueno sería y oportuno hacer relación literaria e inventario artístico de la costumbrística variada de nuestras regiones y de cuanto en materia folklórica el tiempo pasado nos legó.

Como es sabido, tres elementos han de integrar principalmente un estudio de tal naturaleza: costumbres, ritos y creencias.

El primer grupo es, por lo tanto, el de mayor amplitud, toda vez que ha de incluir las prácticas populares de España; las costumbres tradicionales, patrióticas, locales; las fiestas consuetudinarias, fijas y movibles, con sus danzas y rondallas; las ceremonias de tipo racial y religioso, como las romerías,

<sup>57</sup> MOURE-MARIÑO, L.: *Galicia...*, *op. cit.*, pp. 252-255.

<sup>58</sup> GARCÍA MERCADAL, J.: *Frente y...*, *op. cit.*, pp. 211-217.



procesiones y villancicos; los juegos característicos de cada zona, deportivos y de ingenio; la producción típica del país y los aspectos especiales, definidos, de cada trabajo.

El grupo de ritos presenta, casi siempre, caracteres psicológicos de tipo religioso [...].

El grupo de las creencias lo constituye en “folk-lore” la fe del individuo, de la familia, de la región. Así España, que es católica en general, presenta características diferenciales de región, provincia y aún de simple localidad».

Concluía Sanz y Díaz recomendando que el Estado Nuevo crease una revista que recogiese en sus páginas «los cantos y cuentos populares, las leyendas y las tradiciones de cada región, la música y los cancioneros, las baladas y las supersticiones [...]. En fin, todo cuanto piensa, siente y hace España, la Patria tradicional y eterna, en sus regiones y en sus caseríos». El conocer mejor ese acervo contribuiría a forjar «fuertes lazos de unión y conocimiento entre todos los españoles»<sup>59</sup>. Revista que fue fundada, de hecho y a partir de presupuestos semejantes, en 1944<sup>60</sup>. A ese repertorio folclorizante recurría igualmente el etnógrafo Lorenzo de Brunet cuando presentaba en 1939, en un álbum apologético de homenaje catalán a Franco sufragado por magnates de la industria textil, varios dibujos de campesinos catalanes, bien tocados de casticismo y barretina, como un rasgo más «del alma española, tan variada y rica dentro de su compacta unidad»<sup>61</sup>. Y las celebraciones de la Victoria el 19 de mayo de 1939 incluyeron en varias ciudades (como Vigo o Santander) concursos de baile y canción regional, como lo había hecho la procesión del Pilar en Zaragoza el 13 de octubre de 1938. Folclore, bailes y trajes regionales, incluida la continuación de la labor de recopilación y sistematización de esos legados por etnógrafos y eruditos locales constituían así un ingrediente subordinado, pero sustancial, de la exaltación de la españolidad, y que fijaba a su vez los límites de la participación de la identidad regional y local en los fastos de la *nueva España*<sup>62</sup>.

<sup>59</sup> SANZ Y DÍAZ, J.: «El Folk-lore español», en *id.*: *Zig-Zag literario de las armas y las letras*, Vigo, Editorial Cartel, 1938, pp. 143-146.

<sup>60</sup> Véase el artículo inaugural del erudito aragonés GARCÍA DE DIEGO, V.: «Tradición popular o folklore», *Revista de Tradiciones Populares*, I, 1-2 (1944), pp. 1-29.

<sup>61</sup> BRUNET, L. DE: «Cabezas de la tierra», en *Homenaje de Cataluña liberada a su Caudillo Franco*, Barcelona, s. e. (NAGSA), s. f. (1939), s. p.

<sup>62</sup> CENARRO, A.: «Los días de la «Nueva España»: entre la «revolución nacional» y el peso de la tradición», *Ayer*, 51 (2003), pp. 117-134.

Todo dependía de la interpretación última que se diese a la variedad etnocultural. Y de que su valencia fuese despolitizada y puesta al servicio del único nacionalismo posible, el español. Un colaborador del *ABC* sevillano defendía a fines de abril de 1937 que la variedad lingüística y dialectal de España no era un fenómeno excepcional en el contexto europeo. El uso de los idiomas vernáculos habría de manejarse con tacto en la España *nacional* y no constituir motivo de alarma, siempre y cuando la escuela impregnase de españolismo las conciencias de los españoles, a través de la enseñanza del castellano y de la Historia patria, que debían ser exclusivos en la enseñanza secundaria y universitaria. La diversidad, a fin de cuentas, era un gran patrimonio de la nación. Pero impidiendo que se cultivase como discurso político de la diferencia:

«Vale mejor decir: todo lo que es español es nuestro. Son nuestros todos los paisajes españoles, todos los acentos y costumbrismos provinciales, toda la variedad de modalidades y dialectos. Siempre que previamente se haya realizado una saturación profunda de españolismo, sin olvidar por un instante la vigilancia de las manifestaciones regionales, para impedir que incurran en la exageración de los nacionalismos separatistas. Y esto requiere un gran tacto.

Está bien que el catalán sea hablado libremente, numerosamente, entre el respeto y la complacencia de todos; pero no debe consentirse de ninguna manera que se convierta en un idioma “político” [...]; no puede tolerarse que el catalán pase a ser el lenguaje “oficial” en la vida pública de Barcelona [...]. Nada de segunda enseñanza en catalán; nada de Universidad catalana [...]. Está bien que el cura confiese en vascuence, que se predique en vascuence en las iglesias de los pueblos, que hable y aconseje a sus feligreses en la lengua familiar; pero no ha de consentirse ya nunca que el Seminario de Vitoria se convierta, como se había convertido, en un vivero de sacerdotes separatistas»<sup>63</sup>.

Se trataba pues de la mejor vía para recuperar la *tradición* española que, según el gaitero combatiente que abría un calendario de uso popular en la provincia de Lugo para 1939, retornaría con la próxima victoria. Una tradición de alcance local, identificada con la religiosidad popular restaurada en sus romerías y procesiones y la recurrente apelación a la *morriña*, así como con la evocación idealizada del pai-

---

<sup>63</sup> CAPITÁN NEMO: «La disputa de las lenguas y los dialectos», *ABC* (Sevilla), 24 de abril de 1937, p. 3.

saje gallego, con imágenes que a menudo recordaban a las utilizadas por los galleguistas («*vexo montes cubertos pol-a frouma dos pinos, / a cantar vagarosos os seculares hinos*»). Con la tradición se restaurarían, además, costumbres y usos arcaicos como su mejor símbolo: las tropas que volverían «*con gaitas á par*» estarían implícitamente recuperando la auténtica identidad galaica, naturalmente reducida de modo externo a esas gaitas<sup>64</sup>.

Algo semejante se aprecia en los poemarios de bolsillo destinados a los soldados en el frente, con el fin de enfatizar sentimientos íntimos, de *patria chica*, que retrotraían al mundo de los afectos cercanos —añoranza del terruño, entrega por la causa y la tradición local, la figura omnipresente de la madre—, y que también buscaban galvanizar una suerte de orgullo colectivo de los hijos de Galicia por figurar a la cabeza del esfuerzo de *reconquista* nacional, frente a «*Eses sin Pátria, sin Dios / A quen os rusos manexan*»<sup>65</sup>. Galicia triunfaba con ellos, «a los acordes de sus cantos regionales, que atesoran la dulzura de las mieles de sus tomillares y las enérgicas notas de los arranques imperiosos de la raza primitiva»<sup>66</sup>. Y epítome de ese orgullo sería desde octubre de 1936 el *caudillo* Franco, ejemplo de cómo Galicia ofrendaba lo mejor de sus hijos a la nueva España, y reflejo condensado de las mejores virtudes galaicas<sup>67</sup>.

El amor a la patria chica se fundía así con el de la patria grande, aprovechando la coyuntura bélica y el culto a la sangre derramada, eliminando todo vestigio de *separatismo*. A veces, incluso se identificaba de modo ambiguo la patria chica con *Terra*: en los frentes de España estaban «*Fillos de Galicia, / pol-a Terra a pelexar*». Pero esa *terra* era la «*agarimada terra que é nai das Españas*»<sup>68</sup>. Ya que Galicia era uno de los repositorios más auténticos, precisamente por su aislamiento geográfico, de la inmaculada tradición hispánica<sup>69</sup>. Y así se debía transmi-

<sup>64</sup> GAITEIRO: «Xuicio do ano», en *O Gaiteiro de Lugo. Calendario Gallego pro Ano Triunfal de 1939*, Lugo, Xerardo Castro, Editor, 1939, pp. 2-5.

<sup>65</sup> *Resposta escontra unha inxuria*, p. 4. Igualmente FARIÑA Y COBIÁN, H.: *¡Por España y para España! (El Libro del Combatiente)*, Vigo, Talleres tipográficos de El Faro de Vigo, 1937, p. 4.

<sup>66</sup> RÍO SÁNCHEZ-GRANADOS, D. DEL: «Galicia triunfa», *El Eco Franciscano*, LIV, 1045 (15 de julio de 1937), p. 321.

<sup>67</sup> «Xuicio d'o ano 1937», en *O Gaiteiro de Lugo. Calendario Gallego pro ano de 1937*, Lugo, Xerardo Castro, Editor, 1937, pp. 2-6.

<sup>68</sup> «Xuicio do ano»..., *op. cit.*, p. 4.

<sup>69</sup> MOURE-MARIÑO, L.: *Galicia...*, *op. cit.*, pp. 48-49 y 233.

tir a las nuevas generaciones, como afirmaba un libro de lecturas patrióticas para la escuela primaria que contenía varias poesías en gallego de autores clásicos. El objetivo consistía en hacer compatibles de modo jerárquico en el niño «dos amores: el de su “tierra meiga” y el de la nueva España, fundidos en el altar de Dios y de la Patria»<sup>70</sup>.

La relativa tolerancia hacia la identidad etnocultural y regional diferencial de las diversas regiones y tierras que contribuían con hombres y recursos a la causa insurgente tendió a remitir en la segunda mitad de la Guerra Civil. Con todo, subsistió hasta el final del conflicto una apelación genérica y hasta costumbrista a los tipos y estereotipos representativos de los diversos territorios de España, unidos por la causa de la *Reconquista* nacional. Desde «Aragón el baturro, / el de la fe tan recia», hasta los andaluces de Sevilla y Granada, «de moriscas leyendas». Pero también pasando por la Cataluña *liberada*, donde *Vifredo el Velloso* o Ausías March ofrendarían en 1939 sus respetos a la causa triunfadora, al son de la sardana, tornándose la barretina en un sucedáneo de la boina requeté<sup>71</sup>. Al fin y al cabo, algunos todavía veían en el regionalismo de la Lliga y Cambó lecciones aprovechables. ¿No había afirmado Manuel García Morente unos meses antes que el regionalismo catalán había acertado «en dos cosas: en apelar a la realidad nacional [española] y en buscar un punto de apoyo en el aspecto localista y regionalista, efectivamente fuertes en el cuerpo de España»? Pero Cambó habría errado al «conservar la confianza en el régimen parlamentario y en el sufragio popular»; y más aún al cultivar el regionalismo en una sola región, con lo que se expuso «a acumular fuerzas perversas y anormales, conducentes a convertirlo en separatismo». He ahí los errores fatales que la *Nueva España* no debía reproducir<sup>72</sup>. Todavía a principios de la década de los cuarenta se podían encontrar en libros de texto escolares moderadas loas a la diversidad hispana, a esas regiones que «conservaron costumbres, tradiciones y lenguas» y que habrían emanado orgánicamente del «tronco generoso y uno de la madre España». Sus glorias eran motivo de orgullo para la patria. Pues lejos del «regionalismo egoísta y odioso», el «regiona-

<sup>70</sup> GALLO LAMAS, E.: *Galicia por la España Nueva*, Lugo, Tipografía de La Voz de la Verdad, 1937, p. 3.

<sup>71</sup> GIMÉNEZ PUERTO, A.: *La Nueva Reconquista de España (Poema patriótico en ocho cantos)*, s. l. (Alicante), Ed. Gaceta de Alicante, 1939, pp. 13 y 49-50.

<sup>72</sup> GARCÍA MORENTE, M.: *Orígenes del nacionalismo español*, Buenos Aires, s. e., 1938, p. 26.

lismo benévolo y fraternal puede ser un gran elemento de progreso y quizá la única salvación de España»<sup>73</sup>.

Esas precauciones eran determinantes. Regiones sí, pero sin regionalismo. Terruño, etnografía y folclore también, junto a orgullo local; pero sin localismo. Sin embargo, las reticencias hacia los flancos que podía abrir el reconocimiento, aunque sólo fuese informal, de la pluralidad eran mayores que los esbozos de apertura y los coletazos de foralismo y regionalismo tradicionalista. En el programa de los  *cursos patrióticos*  que «bajo la advocación del gran polígrafo español D. Marcelino Menéndez y Pelayo» fueron incluidos por orden del 16 de septiembre de 1937 en la oferta docente de las universidades españolas, figuraban «Puntos y temas fundamentales y particularidades de la historia regional, pero de valor nacional». Y se añadía que «convenría intensificar las lecciones de Historia española en las ciudades de los Distritos donde haya habido tendencias separatistas»<sup>74</sup>.

La realidad de la conquista militar, primero de Vizcaya y más tarde de Cataluña, acabaría por imponer un discurso de unidad y homogeneidad cuartelera, adobada eso sí de una vaga mención a la  *auténtica*  tradición regional. José María de Areilza, antiguo monárquico, converso falangista y flamante alcalde de la ciudad de Bilbao tras junio de 1937, lo expresaba a las claras en un discurso pronunciado pocos días después. Había habido «vencedores y vencidos». La conquista inapelable daba paso a un Estado en el que autonomías y fueros ningún futuro tendrían, y cuyo principio fundamental sería la unidad interna, con marchamo castrense:

«Hasta ahora, amigos, podían discutir los polemistas, en dialécticas estériles sobre los supuestos derechos de Vizcaya a su autonomía o gobierno propio. Desde ahora hay una razón que está por encima de todas las argucias históricas y los papeles abogadescos. La razón de la sangre derramada por Vizcaya es otra vez un trozo de España por pura y simple conquista militar. La espada de Franco ha resuelto definitivamente el litigio curialesco del vizcaitarismo y lo ha resuelto de acuerdo con [...] la verdadera tradición vizcaína»<sup>75</sup>.

<sup>73</sup> SERRANO DE HARO, A.: *España es así*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1942, pp. 134-135.

<sup>74</sup> Citado en CÁMARA, G.: *Nacionalcatolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984, p. 79.

<sup>75</sup> Discurso de José María de Areilza el 1 de julio de 1937 en el Coliseo Albia de Bilbao, reproducido por ELÓSEGI: *Quiero mori...*, *op. cit.*, pp. 219-223.

## Las lenguas y dialectos de la nueva España

El nuevo Estado no sólo aspiraba a una integración de las narrativas históricas regionales con un relato unificado de la Historia nacional. También aspiraba a una uniformización lingüística. Pero no se trató de un discurso monolítico. Durante el conflicto, afloraron algunas sensibilidades diferenciadas entre los diversos actores que pretendían configurar, en competencia implícita y a veces explícita, el discurso público del nuevo Estado franquista.

Como ya vimos, el papel otorgado a los idiomas diferentes del castellano en la propaganda de guerra de los sublevados acostumbraba a ser marginal y subordinado, meramente connotativo de peculiaridades folclóricas y de tradiciones inveteradas. El católico vasco José María Salaverría todavía enfatizaba en su clásico libro de instrucción escolar reeditado con modificaciones en 1938 que las provincias vascas eran el reducto indomable de las mejores virtudes hispanas, incluido el *vascuence*, que «vale por la mejor reliquia de la integridad española»<sup>76</sup>. Un idioma cuya existencia El Tebib Arrumi glosaba ocasionalmente en sus crónicas<sup>77</sup>.

Entre las tropas sublevadas, por otro lado, se toleraba el uso oral y coloquial del gallego o del euskara, idioma este último en el que a veces los mandos tenían que formular sus órdenes a voluntarios requetés de las zonas vascófonas que apenas conocían otro idioma. Eran prácticas inocuas, inevitables a veces entre soldados poco competentes lingüísticamente en castellano. Hasta en los intercambios de insultos que tenían lugar en las trincheras del frente Norte se utilizaba el euskara por parte de los requetés. Aunque, eso sí, remataban sus parlamentos con sonoros vivas a España y a Cristo Rey<sup>78</sup>. Sin embargo, las reacciones de los soldados castellanohablantes no siempre eran tolerantes. En agosto de 1937, el antiguo nacionalista vasco enrolado en un Tercio de requetés José de Arteche anotaba los pequeños conflictos que tenía que solventar como instructor ante el uso frecuente

<sup>76</sup> SALAVERRÍA, J. M.ª: *El muchacho español*, San Sebastián, Librería Internacional, s. f. (1938), p. 61.

<sup>77</sup> Cfr. EL TEBIB ARRUMI, *La conquista de Vizcaya...*, op. cit., pp. 145-147 y 240.

<sup>78</sup> Cfr., por ejemplo, VINIELLES, M.: *La Sexta Columna. Diario de un combatiente leridano*, Barcelona, Acervo, 1971, p. 255; AZUA, J. R. DE: «Notas de ambiente arabarra. Entzun, anayak...», *Euzkadi*, 2 de abril de 1937, p. 1.

del euskara por parte de reclutas vascos de zonas rurales: «Los castellanos me ponen en verdaderos apuros, cuando vienen indignados a denunciarme que los vascos hablan entre sí en vascuence, lo cual hoy es grave delito. [...] No comprenden que estos vascos hablan vascuence porque no saben otra cosa». Esos mismos soldados franquistas también se mostraron especialmente intolerantes hacia el uso público del catalán en la Cataluña ocupada. El 11 de enero de 1939, Arteche anotaba que en el pueblo tarraconense de Vimbodí «el pregonero ha promovido un alboroto entre los soldados, soliviantados al oírle un bando en catalán»<sup>79</sup>.

La crítica pública del uso oral de lenguas diferentes del castellano, al menos extramuros de la casa familiar, se convirtió relativamente pronto en un fenómeno frecuente en la retaguardia franquista, y en primer lugar en la prensa y radios de influencia falangista, donde menudearon las exhortaciones imperativas a que se hablase exclusivamente en castellano en el espacio público. Algo que iba dirigido en buena medida a los numerosos refugiados catalanes en la España rebelde. El diario donostiarra *Unidad* urgía así en tono apremiante a fines de marzo de 1937 a que los «idiomas regionales» se relegasen a la intimidad<sup>80</sup>. Pero también en ella debía el buen patriota hablar sólo en castellano, afirmaban otros. Luis Hurtado Álvarez defendía que, aunque la Falange acogía a todos los buenos catalanes y vascos en su seno, la nueva Reconquista de España sólo vendría de aquellos que «hablan en español y consideran el español como su única lengua»<sup>81</sup>. Si Castilla era la esencia de España, escribía Cossío, y si con las provincias *rebeldes* sólo cabía la conquista pura y dura, era igualmente intolerable que el idioma castellano no se impusiese totalmente en esos territorios<sup>82</sup>. El falangista catalán Víctor d'Ors añadía que la homogeneidad de España era y debía ser un requisito previo para que se pudiese proceder a su regeneración autoritaria por el nuevo Estado. En razón de ello, todo reconocimiento oficial de la diferencia regional, por nimio que fuese, podría resultar contraproducente:

<sup>79</sup> ARTECHE, J.: *El abrazo de los muertos*, Zarautz, Icharopena, 1970, pp. 145 y 276.

<sup>80</sup> «Unidad e idioma», *Unidad*, 31 de marzo de 1937, p. 1.

<sup>81</sup> HURTADO ÁLVAREZ, L.: «Si eres español habla en español», *Unidad*, 18 de mayo de 1937, p. 6.

<sup>82</sup> COSSÍO, F. DE: *Guerra de salvación...*, *op. cit.*, pp. 115 y 169.

«¿Cómo decir que la “España una”, esta España que cree en valores absolutos y va a una unificación en lo perfecto, no puede admitir el relativismo diferencial de los “regionalismos”? Esto es un problema radical —de raíz— que radicalmente debe ser resuelto. Y no caben términos medios. No vale decir: “autonomía política, no; administrativa, sí” o bien: “lengua oficial, no; lengua de familia, sí”. Todo esto son torpezas. No hay administración sin política, ni lenguaje familiar que no se pueda, y se convierta en efecto, en lengua de cultura. Y una lengua de cultura ¿por qué no ha de tener consagración oficial?

No. Vamos a construir la nueva España con solidez sin igual. Y por ello decimos una vez para todas: todo elemento de diferenciación que pueda irremediablemente separar moral o materialmente a los españoles, debe ser evitado y, si es preciso, aniquilado»<sup>83</sup>.

Una nación, y por lo tanto un idioma. Aunque varios dialectos. Las lenguas diferentes del castellano no siempre eran rebajadas a tal condición de modo explícito. Pero el reservar de modo exclusivo el castellano para la esfera pública convertía a aquéllas, de hecho, en objetos de relicario condenados a desaparecer a medio plazo. Era un mensaje más bien implícito, pero que a menudo se manifestaba de modo explícito. El Rectorado de la Universidad de Valladolid manifestó en una circular del 30 de abril de 1937 su voluntad de depurar los cuerpos docentes de las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya para erradicar toda idea *separatista*. Dispuso para ello que se exaltasen en la enseñanza primaria la contribución de ilustres personajes vascongados a España y los monumentos literarios escritos en castellano por autores vascos, y asimismo que la lengua vehicular exclusiva en las aulas fuese el español, por ser lengua ecuménica. Con todo, también concedía que no pretendía convertir a la escuela en «enemiga de la lengua vernácula de Vasconia, con la cual las madres enseñan a orar a sus hijos, se matizan los afectos castos de la familia y han nacido y viven primores literarios dignos de admiración y encomio»<sup>84</sup>.

Traducción de todos estos titubeos fue que el marco legal de la imposición del monolingüismo no fue monolítico. Ciertamente, hubo bandos militares varios que prohibieron expresamente diversos aspectos del uso en el espacio público de idiomas diferentes del cas-

<sup>83</sup> D'ORS, V.: «Proyección mundial del Nacionalsindicalismo. La reconstrucción de España (1)», *Unidad*, 13 de mayo de 1937, p. 6.

<sup>84</sup> Cfr. *Unidad*, 10 de mayo de 1937, p. 2.



tellano<sup>85</sup>, y el gobernador militar de Guipúzcoa exhortaba en abril de 1937 a los vecinos a que exaltasen el patriotismo español mediante el uso exclusivo del idioma castellano. Aunque este último señalaba que ello no indicaba «menosprecio de los idiomas regionales», sugería medidas de castigo al añadir que esperaba no tener que «corregir resistencia alguna»<sup>86</sup>. Pese a ello, no se promulgó una ley general de prohibición del uso de los idiomas minoritarios; sí varias disposiciones sectoriales en 1938 y 1939<sup>87</sup>. La represión lingüística consistía preferentemente en un trabado tejido de sospechas, delaciones y presiones, sujetas además a la arbitrariedad interpretativa de diversos agentes de la autoridad o sujetos uniformados (desde combatientes de permiso hasta policías), lo que creaba una atmósfera opresiva contra los hablantes de lenguas distintas del castellano. La praxis podía ser retrospectiva, y llegar a la *limpieza* de nombres diferentes del castellano en las lápidas de los cementerios<sup>88</sup>.

Con todo, dentro del aparato de prensa y propaganda falangista subsistieron las sensibilidades diferenciadas hacia la diversidad lingüística de España hasta la caída de Cataluña. A fin de cuentas, la FE-JONS de preguerra era capaz de tolerar la existencia de lenguas y culturas regionales siempre que se redujesen al ámbito de la literatura más o menos costumbrista y el folclore<sup>89</sup>. Pero tales posiciones

<sup>85</sup> Como el rotulado de comercios, por orden del gobernador militar de Guipúzcoa el 7 de diciembre de 1936, o el empleo de fórmulas de saludo, como en Estella, donde un bando de la autoridad militar fechado el 25 de septiembre de 1936 prohibió el decir *agur* en vez del «españolísimo adiós». Véanse varios ejemplos en TORREALDAI, J. M.ª: *El libro negro del euskera*, San Sebastián, Tartalo, 1998.

<sup>86</sup> El bando en «¡Hablad castellano!», *Unidad*, 15 de abril de 1937, p. 1.

<sup>87</sup> Por ejemplo, el decreto del Ministerio de Organización y Acción Sindical el 21 de mayo de 1938, por el que se desterraba todo idioma que no fuese el castellano de títulos, reglamentos o estatutos; o la orden del Ministerio de Justicia del 18 de mayo de 1938, por la que sólo se admitía la inscripción de nombres en castellano en el Registro Civil, que el 12 de agosto adquiría carácter retroactivo.

<sup>88</sup> ABELLA, R.: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, I, *La España nacional*, Barcelona, Planeta, 1973, pp. 188-192; RAGUER, H.: *La pólvora...*, *op. cit.*, pp. 70-75.

<sup>89</sup> Véase *La Falange y Cataluña*, Zaragoza, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS, 1937. Para Galicia, PÉREZ DE CABO, J.: *¡Arriba España!*, Madrid, s. e., 1935, pp. 122-124. Varias referencias de J. A. Primo de Rivera en sus artículos «Patria: La gaita y la lira» (11 de enero de 1934), «Los vascos y España» (28 de febrero de 1934) y «Ensayo sobre el nacionalismo» (abril 1934), en RÍO CISNEROS, A. DEL (ed.): *Obras de José Antonio Primo de Rivera. Edición cronológica*, Madrid, Almena, 1971, pp. 111-112, 179-183 y 211-218.

abiertas a una limitada pluralidad en lo cultural fueron barridas por el afán revanchista y el anhelo de los militares sublevados, y buena parte de sus apoyos, por asegurar la unidad de España sobre sólidas bases, que excluyesen cualquier concesión al peligro de *separatismo*.

Más allá de algún caso anecdótico, el uso de idiomas regionales era tolerado con fines instrumentales, como en la propaganda hacia el enemigo adobada de promesas vagas<sup>90</sup>. Cuando las tropas franquistas entraron en Barcelona en enero de 1939, el Servicio Nacional de Propaganda del bando insurgente, liderado por el intelectual falangista Dionisio Ridruejo, tenía preparada al menos desde la primavera del año anterior diversa propaganda bilingüe, carteles y folletos en catalán y castellano, que incluía numerosas citas del fundador de Falange<sup>91</sup>. Hasta Ramón Serrano Súñer declaraba que el «lenguaje catalán» podía ser un «elemento de la grandeza de la Patria», siempre que la unidad de la patria fuese mantenida y engrandecida. Pero el nuevo Estado sería respetuoso con la «autarquía moral» de Cataluña y las demás regiones: «la vida íntima, el *substractum* profundo de Cataluña»<sup>92</sup>. Y en un principio, la propaganda franquista en la Cataluña ocupada parecía respetar algunas formas: hasta el bando de ocupación de Barcelona, el 27 de enero, aseguraba a los catalanes que «vuestro lenguaje, en el uso privado y familiar no será perseguido». José de Arceche observó, al pasar por Granollers el 1 de febrero, que «a la noche, en la plaza, un altavoz

<sup>90</sup> En el curso de la ofensiva final del ejército de Mola contra Vizcaya se dejaron caer sobre el territorio leal octavillas redactadas en euskara guipuzcoano en las que, además de prometer respeto a la vida y propiedades de los *gudaris* que se rindiesen, se anunciaba de modo vago que el nuevo Estado franquista conservaría los fueros o leyes viejas en un sentido profundamente católico. Véase la hoja volante *Bizkaitarak*, s. f. (ca. finales de abril-mayo de 1937), en Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco (Artea), EBB 160/10.

<sup>91</sup> RIDRUEJO, D.: *Con fuego y con raíces. Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 164 y 168-170. Algunas de esas octavillas ya habían sido distribuidas en Barcelona desde mediados de 1937. Cfr. SOLÉ, Q.: «“Ha llegado España”». La imatge de Catalunya a la premsa franquista», en VVAA: *La guerra civil a Catalunya*, vol. 4, Barcelona, Eds. 62, 2004, pp. 157-161, y *La Humanitat*, 20 de junio de 1937, p. 3. A ellas se unían las emisiones en catalán de *Radio Verdad* desde Italia, alentadas por exiliados de la Lliga.

<sup>92</sup> Declaraciones de Serrano Súñer (*Destino*, 8 de enero de 1939), reproducidas en THOMÁS, J. M.ª: *Falange, Guerra Civil, Franquismo. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys de règim franquista*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 490-494.

del servicio de propaganda toca sardanas. Antes, el locutor se ha dirigido a la población en un discurso lleno de tiento, cautela y preocupación de no herir sentimientos»<sup>93</sup>.

Pero una cosa eran sardanas y barretinas, y otra el bilingüismo en el espacio público. La propaganda en catalán no llegó a repartirse en Barcelona por imposición del mando militar. Eran misas y altares lo que se consideraba que debía repartirse por la ciudad satánica. Recatolizar primero, y renacionalizar a continuación. Los discursos que presentaban la conquista de Cataluña como una reincorporación *manu militari* a la disciplina cuartelera de la unidad española menudearon en las semanas sucesivas, a pesar de que aún en marzo de 1939 algunos catalanistas católicos que colaboraban con el bando franquista abrigaban esperanzas de publicar prensa en catalán al servicio de la *nueva España*<sup>94</sup>. En el callejero de la Ciudad Condal se respetaron algunas personalidades pasadas de la cultura catalana — Verdaguier, Ausías March, Maragall, *Raimundo Lulio*—, pero todas las que hacían referencia a personajes con veleidades catalanistas fueron suprimidas. Y las que quedaron fueron reinterpretadas desde un nuevo prisma. Fue el caso de *Juan Maragall*, cuyo llanto por la España decadente de 1898 pasó a ser presentado como un presentimiento de que la regeneración de la patria llegaría en la forma en que lo hizo en 1939<sup>95</sup>. En los meses siguientes se sucedieron las normativas que desterraban el catalán de la enseñanza, así como los artículos de prensa que recordaban que ceder en el terreno lingüístico suponía permitir que subsistiese la semilla del separatismo. Pues «el bilingüismo [...] fue el anzuelo que echaron los separatistas a las gentes de buena fe»<sup>96</sup>.

El credo oficial del primer franquismo insistió en que todo idioma diferente del castellano no era sino un simple dialecto, inapro-

<sup>93</sup> ARTECHE, J.: *El abrazo...*, op. cit., p. 279.

<sup>94</sup> UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, pp. 868-869; carta de F. Cambó a Joan Estelrich, Montreux, 19 de abril de 1939, reproducida en RIQUEUR, B. DE: *L'últim Cambó (1936-1947). La drete catalanista davant la guerra civil i el franquisme*, Vic, Eumo, 1996, pp. 320-321.

<sup>95</sup> CAMPS, J.: «Juan Maragall. Presentidor de una nueva España», en *Homenaje de Cataluña liberada*, s. p.

<sup>96</sup> A. Lorca, en *Solidaridad Nacional*, 8 de julio de 1939, citado por BENET, J.: *Catalunya sota el règim franquista. Informe sobre la persecució de la llengua i cultura de Catalunya pel règim del general Franco*, 2.ª ed., Barcelona, Blume, 1978, p. 333.

piado para las funciones de la vida moderna, y particularmente para la administración y el uso profesional. Así lo mostraba ya en 1937 Fray Albino Menéndez-Reigada en su *Catecismo patriótico español*. La lengua castellana no solamente era el único idioma culto de España, sino además la futura lengua de la civilización en tiempos aún por venir. Además del castellano se hablarían en España los *dialectos* gallego, valenciano, mallorquín y catalán; así como el vascuence, lengua «única», sí, pero que «quedó reducido a funciones de dialecto por su pobreza lingüística y filológica»<sup>97</sup>. El cultivo de tales *dialectos* podía ser tolerado en géneros literarios menores, como el teatro satírico y burlesco de consumo popular o la poesía costumbrista. Pero como dialectos, nada más. En posición claramente subordinada en lo relativo a su uso y valoración social: «saboree el pueblo sus lenguas vernáculas en la vida familiar, pero no se rece, ni se predique en las iglesias en estos dialectos [...] ni se enseñe en las escuelas», resumía el médico compostelano Antonio Novo Campelo en mayo de 1937<sup>98</sup>.

### Conclusiones: localismos franquistas

El análisis de los discursos hacia las identidades subnacionales, particularmente las regionales y las locales, y su utilización durante la guerra civil por parte del bando insurgente reflejó una tensión inmanente entre dos polos. Por un lado, la tendencia a utilizar esos repertorios identitarios preexistentes de modo controlado como discursos movilizadores. Por el otro, el temor a despertar el fantasma del separatismo. La sensibilidad de buena parte de las derechas tradicionalistas y católicas, y aun de una parte del falangismo, hacia la afirmación de identidades subnacionales y formas de organización territorial identificadas con la auténtica esencia preliberal de lo español chocaba con el temor, particularmente presente en el nacionalismo *integral* y cuartelero abrigado por buena parte de la oficialidad, al resurgimiento del nacionalismo *separatista* en algunos territorios, vencido pero no erradicado socialmente. Ello explica las reticencias hacia el

---

<sup>97</sup> MENÉNDEZ-REIGADA, A. G.: *Catecismo patriótico español* (1937), Barcelona, Península, 2003, p. 40.

<sup>98</sup> NOVO CAMPELO, A.: «Una medida plausible», *Faro de Vigo*, 7 de mayo de 1937, p. 1.

*regionalismo*, y las constantes tensiones entre partidarios de la homogeneización y los de la unidad en la diversidad, más intensas que en los casos de la Francia de Vichy o en la propia Italia fascista, e incluso que en el caso del régimen nacionalsocialista alemán<sup>99</sup>.

Esa tensión explica en parte las subsistencias de lo regional como imaginario en el discurso y praxis nacionalista del primer franquismo. Pero también sus contradicciones. Las regiones no existían como entes administrativos o políticos, pero eran constantemente aludidas en la propaganda, la exaltación de estereotipos y costumbres, la indagación del folclore y la geografía o, andando el tiempo, la propaganda turística. El centralismo se basaba en las provincias y en la simetría de trato a cada una de ellas, pero Álava y Navarra conservaron conciertos económicos e instituciones provinciales reforzadas; incluso, durante los primeros meses de la guerra hubo sectores que intentaron jugar una carta moderadamente *regionalista*. Sólo el castellano era lengua oficial en el espacio público, pero el corpus legal que prohibía el uso de otras lenguas no era monolítico y presentaba varios resquicios. La identidad local era promovida como un complemento eficaz de la identidad nacional, a través de su folclorización, mecanismo ya ensayado por la Dictadura de Primo de Rivera<sup>100</sup>. Pero al mismo tiempo el nacionalismo franquista no disponía de una tradición tan consolidada como la *patria local* en el caso del nacionalsocialismo alemán, que utilizó ampliamente el repertorio preexistente del *Heimat*<sup>101</sup>. Ahí estaban además las provincias, que arrastraban el pecado original de ser invención liberal, pero que constituían el ámbito de actuación de instituciones administrativas y culturales, incluidas las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos que tras la guerra fijaron como prioridad la restauración del patrimonio religioso. Y también estaban las capitales de provincia, o identidades de ciudades intermedias que no *llegaban* a capitales de provincia, como el *viguismo* españolista que

<sup>99</sup> Cf. THIESSE, A. M.: *Écrire la France. Le mouvement littéraire régionaliste de langue française entre la Belle Époque et la Libération*, París, PUF, 1991, pp. 269-289; CAVAZZA, S.: *Piccole patrie. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo*, Bolonia, Il Mulino 2003, y NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y UMBACH, M.: «Hijacked Heimats. National Appropriations of Local and Regional Identities in Germany and Spain, 1850-1950», de próxima publicación.

<sup>100</sup> Algún apunte en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 200-204.

<sup>101</sup> APPLGATE, C.: *A Nation of Provincials: The German Idea of Heimat*, Berkeley, University of California Press, 1990.

fue profusamente difundido en procesiones y fiestas por el nacionalismo franquista en la ciudad olívica<sup>102</sup>.

El discurso del españolismo regional se superponía, chocaba y a veces invadía el terreno del españolismo de *patria chica* y de *provincia*, aun sin salirse un milímetro del marco discursivo heredado, que incidía en una neofolclorización de la tradición y su exaltación como esencia más orgánica de la nación. Instituciones de nuevo cuño como la *Academia Alfonso X el Sabio* de Murcia (1940), la *Institución Fernando el Católico* de Zaragoza (1943) o el *Instituto de Estudios Asturianos* de Oviedo (1946), entre otras, asumieron de modo descoordinado la tarea de estudiar y exhumar con ánimo de anticuario dialectos y lenguas locales, de rastrear cultura material y folklore, de elaborar eruditas historias locales y regionales<sup>103</sup>. Su labor fue entendida como una contribución plural y desde abajo a un patrimonio común español, y como una estrategia orientada a conseguir un mayor arraigo social de la identidad nacional redefinida por el franquismo. Imágenes y símbolos locales, debidamente subordinados a los nacionales —o simplemente transformados en símbolos nacionales a través de lo local—, debían sustentar tramas de significados capaces de promover la identidad hispánica. Y ello debía ser así particularmente en aquellos territorios *problemáticos*, como el País Vasco, donde la diversidad etnocultural era aceptada como un hecho irreversible que urgía reconducir a márgenes aceptables. Así lo demostraron, sin ir más lejos, algunos filmes rodados dentro de los límites de la censura<sup>104</sup>. Y la codificación de un paisaje regional y prototípico, tornando antiguos imaginarios físicos elaborados o idealizados por los nacionalistas subestatales en auténticos paisajes patrios españoles, que mostraban la corporeidad de la patria en sus diversas variantes. Los carteles turísticos o los sellos de correos del franquismo pueden constituir un buen ejemplo de ello<sup>105</sup>.

<sup>102</sup> Cf. X. R. QUINTANA GARRIDO, «Políticas de memoria, políticas de conmemoración. Notas sobre Galicia durante a Guerra Civil (1936-1939)», texto inédito, 2004.

<sup>103</sup> Cf. M. A. GIL MARÍN, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza-Institución Fernando el Católico, 2005, pp. 101-106.

<sup>104</sup> A. LAMIKIZ, «Ambiguous "Culture": Contrasting Interpretations of the Basque Film *Ama Lur* and the Relationship Between Centre and Periphery in Franco's Spain», *National Identities*, 4:3 (2003), pp. 291-306.

<sup>105</sup> Para ejemplos referidos a Galicia, véase X. M. SANTOS SOLLÁ (ed.): *Galicia en cartel. A imaxe de Galicia na cartelería turística*, Santiago de Compostela, USC, 2005.

Lo que, de entrada, diferenció al nacionalismo de guerra franquista, y al propio fascismo español, de otros fascismos europeos en su disposición a fomentar los referentes de identidad regionales y locales fue el hecho de que el fantasma del nacionalismo subestatal estaba siempre al acecho. La vía de la descentralización efectiva y del cultivo sin control de lenguas y *dialectos* locales despertaba suspicacias. Esas sospechas eran justificadas: la erudición local y la resemantización de fiestas y procesiones ofrecía una vía de escape a grupos y sectores que habían apoyado hasta la guerra opciones nacionalistas periféricas, y que así pudieron redefinir su espacio de actuación. Sin embargo, lo local también servía al mismo tiempo como un eficaz vehículo de integración en los mecanismos de consenso del nuevo régimen<sup>106</sup>. Esos impulsos hasta cierto punto contradictorios explicarán que desde la segunda mitad de la década de los sesenta las tendencias descentralizadoras y los referentes de identidad locales y regionales se vean potenciados, no sólo como banderas de la oposición al franquismo, sino también como refugios de supervivencia y readaptación de buena parte de sus elites intermedias. Pero ésta es otra historia.

---

Cfr. igualmente À. DUARTE: «El catalán en su paisaje. Algunas notas sobre los usos del imaginario del paisaje catalán, y catalanista, en el primer franquismo», *Historia y Política*, 14 (2005), pp. 165-190.

<sup>106</sup> Cfr., para el caso de Vilanova i La Geltrú, A. M.<sup>a</sup> CANALES SERRANO, *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 295-301.